

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO Y LA NOVELA ESPAÑOLA DEL XIX ¹

La relación de Marcelino Menéndez Pelayo con las grandes figuras de su tiempo, tanto con otros críticos como con los escritores creativos (o los dos a la vez) es casi única en la Europa Occidental. Tenemos que buscar con mucho afán para encontrar algún gran polígrafo que llegue a su nivel. El caso habitual no ha sido que don Marcelino buscara contactos con las lumbreras críticas y creativas de su tiempo sino que ellas hicieran contacto con él, buscando consejos o sencillamente presentando sus credenciales o rindiendo homenaje a un erudito fuera de serie.

No debemos tomar demasiado en serio la idea de que don Marcelino hubiese leído todos los libros y folletos que constituían su Biblioteca. Gran parte de ellos le llegan con dedicatoria autógrafa del autor, pero eso no es en modo alguno una garantía de que los hubiese leído. Lo que sí importa, en cambio, es que Menéndez Pelayo logró reunir y tener asequible una enorme cantidad de contactos y de datos que, junto con sus fenomenales dotes como lector, le convirtieron en una enciclopedia ambulante, capaz, como pocos, de escribir juicios sabios y equilibrados.

Si tuviese forzosamente que buscar una figura que pudiera comparársele tendría que ser una figura compuesta del Dr. Samuel Johnson, Sainte-Beuve y Benedetto Croce.

El libro que presentamos hoy a la prensa nos acerca, a veces íntimamente, al hombre, al sabio, al erudito, al crítico literario y también al bibliotecario y bibliófilo. Hasta cierto punto tenemos que aceptar que

¹ Texto de la presentación del libro *Menéndez Pelayo y la novela del XIX*, hecha por el profesor Anthony H. Clarke en la sede de la Sociedad Menéndez Pelayo, el 11 de octubre de 2009

Menéndez Pelayo ayudó a crear unas modas literarias, y más todavía, que estimuló la conciencia pública en varios sentidos, pero en general funcionó como historiador y crítico, discretamente, dentro de las pautas aceptables de su tiempo. Sus relaciones personales con los grandes novelistas de aquel último tercio del siglo XIX y primer decenio del XX no fueron siempre de lo más cordiales pero a la hora de salvar (¿) juicio sabe destacar las características más importantes y a menudo se adelanta a los juicios de la posteridad.

Como ocurre generalmente en tales casos, accede el público a una versión, unas opiniones, y otra versión llega a ser moneda corriente entre los del oficio. Tal es el caso con doña Emilia y don Marcelino: en el ámbito público un respeto discreto y en privado, cartas de una a otro dirigidas a una tercera persona, otro cuento totalmente. Tendría que bastar un ejemplo que ofrece Cristina Patiño: «Nuestro amigo Marcelino no viene nunca a mis tertulias. Es poco transigente y no puede aguantar a Doña Emilia Pardo Bazán». Sin embargo, don Marcelino, aunque escribe poco sobre las novelas de doña Emilia, de comparación con lo que escribe sobre Pereda o Galdós, nos transmite asesoramientos discretos y más que presentables. La duplicidad de la crítica según se revela posteriormente en el género epistolario en aquellos tiempos pide su propia historia literaria.

Sabemos, en cambio, que en el caso de Pereda, de cuyas *Escenas montañosas* escribe don Marcelino que allí «aprendido a leer» (y me lo creo totalmente) que reconoció varias veces que no era capaz de juzgar ciertas obras por el sencillo hecho de que se sentía incapaz de mantener la objetividad deseable. Y, sin embargo, hecha esta confesión algo (¿) escribe la reseña.

Cuando comparamos los apuntes, notas y juicios escritos por don Marcelino sobre cada uno de los cinco grandes novelistas de su tiempo – Valera, Leopoldo Alas («Clarín»), Emilia Pardo Bazán, Galdós y Pereda, nos damos cuenta de unas diferencias fundamentales. En algún caso veremos una abundancia de reseñas y, a la vez, ciertas referencias en cartas (caso de Pereda); en otro caso, muy pocas o ninguna reseña y abundantes referencias en cartas (caso Valera, caso Clarín). Es obvio que cada caso tiene su propia explicación, pero se me impone que una «historia» de la novela española de aquellos años hubiera sido bastante más difícil tarea para don Marcelino que la mayoría de sus tareas de más empeño. Con los novelistas que figuran en estos estudios el elemento humano estorbaba la eficacia habitual de don Marcelino como crítico.

Añado un dato más. La publicación ahora de este libro me sugiere otra posibilidad para el futuro. Este libro tenía que restringirse al ámbito cultural español, por razones obvias. Sin embargo, los que hemos pasado

horas y semanas manejando las grandes historias de la Literatura Española escritas en francés e inglés –las de Ernesto Merimée o Fitzmaurice Kelly, por ejemplo- sabemos muy bien que la influencia de Menéndez Pelayo en esa esfera es enorme. Y yo añadiría, porque conozco los textos a fondo, que en ninguna esfera se nota más esa influencia que en el campo de la novela del último tercio del siglo XIX, pese a la variabilidad de los apuntes y escritos en cuestión, como ya hemos comentado. Por eso me atrevo a apuntar la conveniencia de que esa «presencia» de don Marcelino en las historias de literatura española escritas en inglés y francés (y en italiano, alemán, etc...¿cómo no?), sea el tema principal de otro ciclo de conferencias al estilo de éste que presentamos hoy.

ANTHONY H. CLARKE
UNIVERSITY OF BIRMINGHAM